

## EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

### CRISIS EN LAS RELACIONES ANGLOFRANCOAMERICANAS

NOTA ACLARATORIA.—(Redactamos los subsiguientes comentarios desde los Estados Unidos, y esta circunstancia topográfica explica el porqué enfocamos nuestras glosas desde el ángulo visual norteamericano. Ello no quiere significar, en modo alguno, propósito de ofrecer a los lectores de la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS apostillas centradas exclusivamente en estas tierras washingtonianas.)

Acaso se alude con excesiva reiteración al gran dilema posbélico, dialécticamente alimentado por la evidente discrepancia existente entre Washington y Moscú; no formulamos la precedente advertencia porque consideremos irrelevante el duelo dialéctico y fáctico Washington-Moscú, que estimamos incuestionable; al formular la precedente apreciación nos anima un específico propósito: señalar a la atención del que leyere lo que significa y la gravedad de que es portadora la discrepancia existente en el seno del mundo libre, a alguna de cuyas exteriorizaciones prestamos atención en las líneas subsiguientes.

Sucesivamente han visitado este país los *Premiers* de Francia y Gran Bretaña; el uno, en Washington; el otro, en las Bermudas. A los dos puede aplicársele un común denominador, en el sentido de que ambos patrocinaron la acción coercitiva sobre tierras faraónicas, acción agresiva que, como se sabe, no alcanzó el epílogo que le asignaron sus propugnadores (presionar a Nasser, al objeto de que el Presidente egipcio pusiese fin a la cuestión generada, como consecuencia de la decretada nacionalización del canal de Suez). La retirada francobritánica de la zona del canal se debió no a la resistencia opuesta por el país invadido, fácilmente neutralizada, sino a la presión norteamericana, desplegada a tra-

vés del vehículo representado por las Naciones Unidas. Ahora bien, superando esa distinción y esos matices, es evidente, de un lado, que Nasser no vió menguado su prestigio político como consecuencia de la ofensiva francobritánica, y que tanto Albión como Francia, a los ojos del mundo árabe y a través de una exégesis simplista de los reseñados acontecimientos registraron una evidente pérdida de prestigio en el Oriente Medio. De ese modo se registró una evidente dislocación de la política internacional de occidente en el mundo árabe, desarticulación que planteaba a su vez un plural problema: hasta qué punto los Estados Unidos podían llenar el vacío anglofrancés y en qué medida ese ocaso occidental contribuía a fortalecer la posición de Rusia, especialmente en el mundo egipcio, sirio, jordao y libanés. Este epílogo, que podríamos denominar el de la desintegración de Occidente, si no se lograba atenuar en sus efectos, abriría inevitablemente una crisis de prestigio, cuyas consecuencias futuras no son fáciles de predecir.

Si el problema así generado afectaba indistintamente a Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, esencialmente hacía recaer la máxima responsabilidad sobre Norteamérica, por una doble consideración: 1.º Norteamérica no podía, en modo alguno, decidirse a encabezar en el Oriente Medio una actuación, totalmente desligada de Francia e Inglaterra; 2.º Hasta dónde era factible practicar una triple conjunción, afectada por la circunstancia de que Francia e Inglaterra, al decidirse a actuar concordemente sobre Egipto, soñaban con ofrecer al mundo una nueva versión de lo que en tiempos fuera la Entente Cordiale, además anacrónico-que, por otra parte, simboliza el epílogo de una hostilidad determinada por la lucha colonial de los dos signatarios. Así, resulta que desde 1945 no se había registrado una tan acentuada crisis en el seno del mundo occidental, que era preciso, ya que no eliminar, cuando menos lograr su posible atenuación.

Tal era el grave problema, cuya auténtica complejidad nos proporciona un criterio adecuado para valorar las dificultades que entrañaba su posible eliminación. No otra finalidad se asignaba, tanto a los diálogos franco-americanos de Wáshington cuanto a los coloquios anglosajones de las Bermudas. Ofrecer al lector de esta REVISTA una versión lo más objetiva posible de esas conversaciones, acaso contribuya, en mayor o menor medida, a esclarecer el problema planteado. La posición respectiva de Francia e In-

glaterra. en lo que atañe a las cuestiones reseñadas, difiere sustancialmente; ello explica el por qué se ha cuidado de separar, en el tiempo y en el espacio, los diálogos de Norteamérica con las dos aliadas atlánticas.

#### EL DIÁLOGO ENTRE DOS TALASOCRACIAS

Iniciemos nuestra labor expositiva refiriéndonos a Inglaterra. Albión, como Francia, se encuentra enfrentada con su específica crisis, en cuanto nación colonialista, pero sería inadecuado sostener que Gran Bretaña, situada ante ese trance, reacciona en términos parecidos a los que son propios de Francia. En lo que concierne a los Dominios, el Estatuto imperial de Westminster ofrece de antemano a Inglaterra la solución de cuantos problemas puedan presentarse en el seno de la Comunidad Británica, habida cuenta de que el citado Estatuto considera a los Dominios como libremente asociados y no por modo implícito, menos evidente, les asigna el derecho de secesión, del cual pueden hacer uso, pacífica y constitucionalmente, en cualquier coyuntura que estimen propicia. Si del orden dominial pasamos al sector específicamente colonial, es lícito sostener que Inglaterra, séale o no grato, a través de una prolongada experiencia (que virtualmente se inicia en 1776) aprendió una gran lección: que la posesión de las colonias es, en sentido finalista, siempre contingente y, por tanto, es preciso considerar el problema ultramarino, con espíritu realista y adaptarse a la idea de que el colonialismo constituye un fenómeno transitorio, destinado a desenlazar en un inevitable epílogo: la creciente autonomía dispensada a las colonias, precedente de una independencia, que puede compaginarse o no con la inclusión del manumitido en el seno de la *British Commonwealth of Nations*.

Pero aun cuando no de modo directo, el mundo colonial y dominial británico plantea a Inglaterra un grave problema de acoplamiento, cual es el adaptar la política imperial británica a las relaciones de Inglaterra con la tierra firme europea, cuestión que si siempre se ha interferido en la posible articulación de la política internacional británica, abarcada a escala mundial, actualmente el movimiento integrador europeo plantea a Inglaterra un problema de adaptación de una complejidad creciente. Es

esta la gran cuestión con que se encuentra enfrentada la Gran Bretaña y que figura en lugar destacado en el cuadro de sus preocupaciones posbélicas.

Fundamentalmente, aquello que había de ser considerado en los diálogos de Bermudas, es lo que sigue: si la acción coercitiva anglica en Suez, en octubre pasado, invalidaría o no una posible acción concorde anglonorteamericana en el Oriente Medio, imposibilidad que repercutiría acentuadamente, en la ya acentuada política de penetración practicada por Rusia en el Oriente Medio. Al propio tiempo y en conexión con el problema anteriormente enunciado, interesaba determinar hasta qué extremo esa acción discrepante de Norteamérica y Gran Bretaña, respecto del canal de Suez, podría o no repercutir sobre la solidez del Pacto Atlántico, y, caso afirmativo, determinar hasta qué extremo ese eco tendrá la condición de actuante. Como estudio complementario de las citadas dificultades, parece indicado referirse a otro problema: como consecuencia de la acción militar británica sobre Suez, los signatarios del Pacto de Bagdad se habían negado a establecer contacto con Inglaterra, también firmante del citado Convenio, actitud denegatoria que atañía gravemente a la eficiencia de tal Pacto. Muchos consideraban que el mencionado Convenio padecía las consecuencias de una crisis que pudiera resultar fatal, en lo que atañe a su posible subsistencia, si, como se inducía, Inglaterra, al actuar coercitivamente sobre el canal, implícitamente había seccionado el cordón convencional que la conectaba al citado Pacto, y cuya posible anulación dejaba prácticamente indefensos a los signatarios asiáticos del precitado convenio; circunstancia, esta última, de indudable gravedad, habida cuenta de que se trata de Estados contiguos a Rusia, situación de vecindad que constituía para la U. R. S. S. una acusada tentación, en lo que atañe a la posible acentuación de la penetración moscovita en el Oriente Medio.

Los Estados Unidos, conocedores de esa inquietante realidad, se decidieron a actuar en calidad de excipiente, al anunciar su propósito de integrarse en el comité militar del Pacto de Bagdad. Así logró Norteamérica reconstruir un Pacto amenazado de disolución y reanudar, hasta donde ello es posible, la puesta en práctica de una política concorde angloamericana en ese sector neurálgico del mundo árabe. La actitud de los Estados Unidos no debe sorprendernos si tenemos en cuenta dos antecedentes: 1.º El Pacto

de Bagdad llegó a ser realidad, en cuanto fruto de una iniciativa norteamericana; 2.º La Doctrina Eisenhower, persiguiendo como finalidad específica el prestar ayuda a los países del Oriente Medio amenazados por el comunismo, encuentra, clara y plena realización en esa vinculación estadounidense el Pacto de Bagdad. Por ello la adhesión norteamericana se condiciona, haciendo notar que la ayuda se presta frente al peligro comunista, desentendiéndose los Estados Unidos de los problemas que pudieran presentarse entre los países signatarios de dicho Pacto o entre éstos y Estados que no sean la U. R. S. S., por ejemplo, Pakistán, en sus diferencias con Indostán, o Israel en sus discrepancias con Irak.

#### LA COMPLEJIDAD DEL CASO FRANCÉS

Si del problema planteado por el posible acoplamiento de la política internacional anglocamericana en el Oriente Medio pasamos a examinar el caso de Francia, como veremos seguidamente, el panorama se nos presenta con notas que difieren de las anteriormente reseñadas. Ya hicimos notar cómo aquello que pudiera ser la conferencia *de los Tres Grandes* se ha visto reemplazada por dos reuniones, una franconorteamericana, otra angloestadounidense, reuniones distanciadas en el tiempo e incluso dispares, topográficamente consideradas. Tal circunstancia nos lleva a inducir que los Estados Unidos consideraban inadecuada una conferencia tripartita, pensando que la posición de Francia e Inglaterra, respecto del Oriente Medio, difiere, de un lado, porque Inglaterra es signataria del Pacto de Bagdad y Francia no; de otro, porque la nación gala concibe su política nordafricana, especialmente en lo que al problema argelino concierne, en función de la actitud de Nasser, a cuya actividad atribuye en gran parte la prolongación de la resistencia de los nacionalistas argelinos.

Es problema delicado el referente a esclarecer y valorar lo que significa la política internacional francesa en lo que concierne al continente negro; pero ello no obsta para que a tal propósito consignemos algunas consideraciones formuladas con el mayor desasosonamiento posible:

Francia, pese a su significación geopolítica, en cuanto país que ha orientado su política internacional con vistas a la tierra firme

europea, pudo y supo adscribirse un imperio colonial (el segundo en importancia en los tiempos modernos); pero ese imperio nacía, portando dos notas genéricas, que habían de condicionarlo, en lo que atañe al destino de dicha prolongación ultramarina; de un lado, Francia no es portadora de plétora demográfica, condición necesaria para que una nación pueda construir un imperio colonial metropolitano; de otro, el imperio fué engrandeciéndose más que como fruto de planes gubernamentales, en cuanto consecuencia de la tarea desplegada por destacados colonialistas franceses. De esas dos notas formativas inevitablemente tenía que desprenderse una consecuencia: Francia carecía de elementos a su disposición para realizar lo llevado a cabo por Inglaterra al crear la Comunidad de Naciones Británicas. Es verdad que la nación vecina trató de construir lo que se denomina la Unión Francesa, pero resulta ser no menos evidente que dicho proyecto fué concebido con notorio retraso y propugnada la idea cuando alguna de las partes integrantes del Imperio colonial francés desdeñaba la idea de autonomía y se orientaba claramente hacia la consecución de una plena independencia. Así se había ensanchado, acentuada y peligrosamente la distancia que mediaba entre la concepción monista francesa y las aspiraciones de lo que fueran hasta no hace mucho prolongaciones coloniales o protectorados franceses. El epílogo registrado no debe ocasionarnos sorpresa, ya que la historia no perdona obsesiones de tipo arcaísta, achaque que Francia padecía innegablemente. La oposición de ambas apuntadas propensiones impedía pensar en lo que pudiera considerarse como una *media solutio* y esta imposibilidad de equidistancia entre dos tesis dispares tenía que desenlazar en la progresiva inclinación secesionista de ciertas partes del imperio colonial francés. Así, de modo inexorable, Indochina primero, después Túnez, más tarde Marruecos fueron desprendiéndose de lo que sólo aparente podía considerarse como tronco común; pero la gravedad del desgajamiento residía, aún más que en las secesiones consumadas, en lo que éstas suponían como estímulo para acentuar las tendencias manumitidoras en otras partes del Imperio. El ejemplo más específico y dramático nos lo ofrece la actual experiencia argelina. Francia tiene situada en Argelia una buena porción de su ejército metropolitano; esa acumulación de fuerzas y el hecho de sostener una guerra, económicamente ruinosa, parecen indicar que, a los ojos de Francia, en Argelia se está jugando la última

carta de su imperio, ya que, consumada la secesión argelina, el prestigio de Francia como nación colonial quedaría inevitablemente maltrecho.

Las anteriores consideraciones, que suponemos pesan decisivamente en el sentido de explicar la actual posición francesa en el norte de Africa, nos deparan un elemento de juicio, que acaso nos permita esclarecer cosas que, de otro modo, resultarían inexplicables. Así, la aventura francesa, embarcándose en la ofensiva ánglica, dirigida contra Nasser. Es cierto que la acción franco-británica, al menos de modo inmediato, no se explicaría sin el precedente de la nacionalización del canal de Suez, decretada por Nasser, pero conviene recordar que antes de adoptar el Jefe del Estado egipcio su arriesgada decisión, se aludía insistentemente a uno y a otro lado del canal de la Mancha, a una especie de resurrección, que se estimaba prometedor, de la *Entente Cordiale* anglofrancesa, acaso recibida esa extraña reconstrucción con más notorio júbilo en París que en Londres. Muchos se preguntaban, con disculpable extrañeza, qué significación podría atribuirse a ese inesperado intento de reedición de la *Entente Cordiale*, sorpresa comprensible, ya que siendo parte en el Pacto Atlántico ambas naciones, resultaba difícil explicar si en el seno de la comunidad atlántica era posible realizar una política internacional autónoma, máxime revistiendo carácter de acción coercitiva. Que ello no era dable lo evidencia el hecho de que la primera aventura de fuerza de la nueva *Entente Cordiale* desenlazará en el fracaso, no porque Nasser diera cuenta de los efectivos franbritánicos, sino porque Francia e Inglaterra no pudieron evitar el fracaso de aquella acción autónoma, determinada, en gran parte, por la resuelta actitud condenatoria de los Estados Unidos, miembro destacado e inspirador del Pacto Atlántico.

Otros intérpretes, acaso mejor orientados, creyeron encontrar adecuada explicación a la extraña reaparición de la *Entente Cordiale*, a través de las siguientes consideraciones: no fueran motivaciones de política eminentemente continental las que, a comienzos del siglo en curso posibilitaron la aparición de la *Entente Cordiale*, sino preocupaciones extraeuropeas (pesquería de Terranova, presencia británica en Egipto, intereses preferentes de Francia en Marruecos); en una palabra, la *Entente Cordiale* señala el epílogo de una rivalidad colonial francoinglesa que había llegado a tener la condición de secular. Pero aquella competición, una

vez eliminada, no podía generar nuevas crisis francoinglesas en el continente africano, antecedente preciso de toda posible reconciliación. De ahí la pertinencia de consignar esta deducción: Egipto, que había constituido motivo de negociación en 1904, ahora ya no es manzana de discordia anglofrancesa; el desacuerdo era ajeno a las relaciones de Francia e Inglaterra y se personificaba en Nasser de un lado, y de otro y en la acción coincidente de Francia e Inglaterra; estas dos últimas naciones se veían comprometidas, como principales tenedoras de las acciones del canal de Suez y la nacionalización decretada por Nasser, podía constituir el punto de partida de una expulsión más o menos evidente. Al propio tiempo, el ocaso de Nasser, caso de que se hubiese generado como consecuencia de la acción militar francoinglesa, se consideraba pluralmente deseable; en lo que a Francia afecta, porque así se privaría a los nacionalistas argelinos de un apoyo innegable; en lo que a Inglaterra atañía, no sólo porque así se aseguraría la libertad de navegación a través de la vena yugular del Imperio británico, sino porque posibilitaba el tránsito del petróleo, proveniente del Irán y de la Arabia Saudita.

Tanto Francia como Inglaterra consideraban que la eliminación de Nasser fortalecería su declinante prestigio en el Oriente Medio. Pero Francia, una vez fracasada la acción militar sobre el canal, difícilmente podía eliminar las consecuencias de aquel error de cálculo; de un lado, por su conexión al candente problema nordafricano, y de otro porque así como a Inglaterra le quedaba, en último término, la tabla de salvación del entonces averiado Pacto de Bagdad, Francia, allí donde había desempeñado un mandato -- Siria -- no colecta más que una reacción hostil.

El balance ofrecido por la aventura militar francesa en Egipto, unida al visible declinar de su imperio colonial, situaba a la República en una posición realmente incómoda, y como la carta de Nasser la consideraba Francia como decisiva, tan entusiasta como fuera su adhesión a compartir con Inglaterra la aventura del canal, puede registrarse su desencanto, al comprobar que aquella reacción, considerada como estimulante, se malograra; su reacción fué claramente violenta, y achacando a la presión norteamericana la salvación de Nasser *in extremis*, todo su resentimiento se proyectó sobre Norteamérica, abriéndose así una crisis de amistad entre Francia y los Estados Unidos. Tan visible fué aquella reacción antiamericana, que en los Estados Unidos fué ampliamente



comentada. En Wáshington se consideraba que las relaciones franconorteamericanas nunca fueran tan tirantes como en los instantes presentes, y en estas tierras de Lincoln no pocas gentes se preguntaban cómo podría cerrarse la brecha que asomaba perceptiblemente en las relaciones entre París y Wáshington. Para muchos franceses constituye punto menos que artículo de fe la versión de que es la inclinación anticolonialista norteamericana la que desde Dienbienfu hasta Suez, contribuyó decisivamente a que fuese realidad la creciente e ininterrumpida liquidación del imperio ultramarino francés. Incluso los que desde Norteamérica se esfuerzan, con el mejor propósito, en esclarecer el porqué de la actual crisis de amistad franconorteamericana, llegan a sospechar si al propugnarse el reciente y súbito euroafricanismo francés, no se abrigará el propósito de obstaculizar la puesta en marcha del IV punto del Presidente Truman, supuesto que parece fortalecerse, recordando que uno de los motivos que llevó a la Asamblea Nacional francesa a guillotinar el Tratado estableciendo la Comunidad Europea de Defensa —de 1952— fuera la oposición a que la planeada integración europea extendiese sus efectos al continente africano, con notorio beneficio para Alemania e Italia, que así verían indirectamente compensada la pérdida de lo que fueran sus imperios coloniales.

Todas las consideraciones que hemos enumerado fortalecen nuestra hipótesis de la ausencia de similitud en la posición de Francia, en lo que atañe al problema colonial y al Oriente Medio, comparada con la británica, impedía que en torno a la misma mesa tomasen asiento, Eisenhower, Mac Millan y Mollet. La reunión separada de los Estados Unidos con los dos colocutores europeos, nos depara la medida de la crisis que hoy se registra en las relaciones diplomáticas entre París y Wáshington.

#### LAS ACROBACIAS DE FOSTER DULLES

Nos interesa decir que el precedente subtítulo, acaso un poco despiadado, no es nuestro. Creemos recordar que fuera el columnista norteamericano C. L. Sulzberger, quien utilizó dicho rótulo. Si siempre la figura, acentuadamente dinámica de Foster Dulles, aparece citada en lugar preferente, por cuantos escriben sobre problemas de política internacional, ahora la actualidad del Secre-

tario de Estado norteamericano se ha visto incrementada al aparecer un libro de John Robinson titulado: *A Biography* (Harper, 1957, 330 páginas). No sólo interesa lo que el autor de esa biografía consigna, sino lo que silencia, y, al decir de algún crítico, la omisión señalada desdibuja un poco la figura de Foster Dulles, especialmente en lo que hace relación al período inicial de la segunda guerra mundial, cuando Foster Dulles pertenecía a la organización «America First», entidad claramente opuesta a la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Ese reproche no lo estimamos relevante, por cuanto, en época a que se alude Norteamérica vivía aún bajo los efectos de la resaca anacrónica, representada por las leyes de neutralidad de 1935 y 1937 y por la Declaración de Panamá en 1939.

Otros reproches se han formulado en lo que hace relación a la política internacional patrocinada por Foster Dulles; en este sentido se alude insistentemente a lo que podríamos denominar dromomanía del Secretario de Estado norteamericano. Así, se aduce que Foster Dulles se ha formado un concepto peligrosamente exagerado de lo que pudiera rotularse como versión topográfica de la política internacional norteamericana. Foster Dulles propende a realizar sucesivos y dilatados desplazamientos, considerando que no existe sistema más adecuado de perfilar y controlar una política internacional que el establecer contacto directo con los lugares de la tierra, donde los problemas internacionales se plantean y agudizan. Procediendo así, se agrega, en vez de abarcar en su conjunto lo que constituye política internacional de un país, la entrevemos diversificadamente, y en ocasiones esta especie de atomización nos conduce, casi de modo indefectible, a incurrir en notorias contradicciones. Como ejemplo de ese riesgo se menciona la política internacional norteamericana en el Oriente Medio, tal y como Foster Dulles la practica. A tal propósito se hace mención del Pacto de Bagdad, Convenio que, cual hemos aseverado anteriormente, responde a la iniciativa de Foster Dulles. Se creyó que firmado el Pacto de Bagdad, con la inclusión en el mismo de Irak, tarde o temprano, Líbano, Siria y Jordania, entrarían inevitablemente en la órbita de dicho Convenio lográndose así el perseguido aislamiento de Egipto y preparando de tal modo el camino para un arreglo definitivo del problema egipcio-israelí. Nada de lo previsto ha tenido confirmación; bien al contrario, Egipto, no sólo logró incluir, más o menos incondicionalmente, en su

órbita a Siria, Jordania y Líbano, sino que buscó en una creciente aproximación a la U. R. S. S. medio adecuado para contrapesar los efectos del Pacto de Bagdad.

¿Por qué —se preguntan algunos— idear nuevos Pactos, cual el de Bagdad, habida cuenta de que preexistían otros convenios, sin duda revistiendo la condición de letra muerta, pero que podían ser fortalecidos y dotados de la deseable eficiencia? Tal era la coyuntura que brindaba la preexistencia del Pacto de Saadabad, signado por Turquía, Irak, Irán y Afghanistan. Si a dicho Pacto se le prestase la aquiescencia o se le otorgase el respaldo de Norteamérica, hoy acaso fuese realidad una coalición de cuatro Estados, todos ellos contiguos a Rusia, facilitándose de ese modo la puesta en práctica de una política de contención respecto de Rusia, política que constituye —no lo olvidemos— uno de los elementos básicos de inspiración en los medios diplomáticos de Washington.

Ninguna de tales consideraciones pesó decisivamente en el ánimo de Foster Dulles —auténtico sugeridor del Pacto de Bagdad—, y se consideró preferible excluir a Afghanistan del Tratado de alianza previsto e incluir en el mismo a Pakistán; las consecuencias de tal sustitución saltan a la vista: de un lado, Afghanistan, excluido del Pacto de Bagdad y ligado a un Convenio inoperante —el de Saadabad—, sólo le restaba como solución el acentuar su naciente política de neutralismo, y es bien sabido cómo esa inclinación abstencionista, registrada en puntos neurálgicos del Oriente Medio, sirven, en definitiva, las aspiraciones rusas, encaminadas a extender su zona de influencia posible. Algo semejante pudiera decirse de la sustitución de Afghanistan por Pakistán, como signatario del Pacto de Bagdad. Inevitablemente, tal adscripción había de implicar una plural consecuencia: 1.º Acentuar, en lo que a la India concierne, el complejo neutralismo de Nahrú; 2.º Provocar un mayor acercamiento de la India, respecto de los países árabes, no solamente al margen del Pacto de Bagdad, sino abiertamente hostiles al mismo, que, con razón o sin ella, consideraban, como artillugio ideado para reinstalar en el Oriente Medio la política inspirada en una especie de dictado a cargo de las potencias occidentales. Puede el lector de esta REVISTA considerar oportunas o repudiables las anteriores consideraciones, pero un extremo del cual no parece adecuado diferir, es el siguiente: Foster Dulles no solamente hizo pública mani-

festación de su extrañeza ante ese fenómeno posbélico que se denomina neutralismo, sino que la existencia de esa inclinación inhibitoria produjo escándalo y condenación rotunda. Foster Dulles apoyaba su tesis condenatoria del neutralismo en dos consideraciones: 1.<sup>a</sup> No es lícita la abstención, cuando frente a frente se sitúan, en posición polémica irreductible, el mundo de la libertad y el de la esclavitud satelizante; 2.<sup>a</sup> No existe otro medio más indicado, para deparar seguridad y tranquilidad al mundo libre, que el de rodear a la U. R. S. S. de una cadena de Estados, adscriptos al criterio occidental de la libertad. Esta plural alegación de Foster Dulles, parece prejuzgar el problema del mundo posbélico, reducido así a la imagen de una antítesis Wáshington-Moscú, de repercusión universal y, por tanto, incompatible con inclinaciones más o menos neutralistas. Sentar esa afirmación vale tanto como sostener que no existe posibilidad de actuación más allá del dilema Wáshington-Moscú, versión esta última, ya que no recusable, cuando menos discutible.

Los norteamericanos se preguntan, con visible insistencia, qué causas han dado nacimiento a la política internacional patrocinada por Nasser y que tanto ha contribuido a complicar el problema del Oriente Medio. La respuesta, punto menos que descartada, es la siguiente: la responsabilidad de la política prosoviética de Nasser, hay que referirla al problema engendrado por el proyecto sobre construcción de una inmensa presa en Aswan, cuestión en la cual tomaron participación activa los Estados Unidos, prometiendo primero su ayuda a Nasser y negándose después a financiar ese costoso y muy complicado proyecto. Se agrega: Nasser, decepcionado, no tenía más posibilidad que el orientarse hacia Rusia.

Creemos que la anterior imputación ha sido desvirtuada por Foster Dulles en sus manifestaciones a la prensa el pasado mes de abril. El Secretario de Estado norteamericano ofreció a los periodistas una triple alegación, que sustancialmente construía del siguiente modo: 1.<sup>o</sup> El comité de apropiaciones del Senado, al votar el programa de ayuda para 1957, hizo inscribir una resolución, aprobada unánimemente y a cuyo tenor las sumas votadas no podrían adscribirse a financiar la construcción de la presa de Asuán; 2.<sup>o</sup> El citado proyecto, para su realización, exigía una suma no inferior a mil quinientos millones de dólares, cantidad muy superior a las posibilidades económicas de Egipto. Así se crearía una hipoteca, a expensas del pueblo egipcio, con vigencia,

por lo menos, durante quince a veinte años, generando tal sacrificio una explicable inclinación de resentimiento respecto de los Estados Unidos, en cuanto nación prestamista 3.º La política rusófila de Nasser, no arranca, como se ha dicho con reiteración, de la negativa norteamericana a financiar la presa de Asuán, ni tampoco puede achacarse a la actitud denegatoria de los Estados Unidos la nacionalización del canal de Suez, medida que engendrara, como es bien sabido, la reacción franco-británica. A este propósito, Foster Dulles hace notar que Tito, en un discurso pronunciado en noviembre de 1956, había celebrado una entrevista con Nasser en febrero de 1955, y en el curso de la cual el Jefe del Gobierno egipcio le había manifestado que abrigaba el propósito de proceder a la nacionalización del canal de Suez, ya que lograda la evacuación de las tropas inglesas ocupantes de la zona del canal, Egipto, plenamente soberano, debía eliminar de su suelo, cuanto implicase galvanización del sistema, que había engendrado la sumisión de Egipto a naciones extranjeras. Las anteriores manifestaciones de Foster Dulles, parecen esclarecer satisfactoriamente el problema de la conexión que pudiera existir entre el fracaso de la financiación de la presa de Asuán y la nacionalización del canal de Suez.

Ahora bien, el problema del canal impresiona por la complejidad de que es portador, y nos parece adecuado atender a otros aspectos del mismo. Se ha ofrecido la paradoja, que sorprendió acentuadamente al espectador, reflejada en la siguiente consecuencia: los protagonistas en la acción coercitiva desencadenada sobre el canal, los técnicamente agresores (Israel, Francia e Inglaterra), cuya acción militar se tradujo en perceptible éxito, debieron evacuar los territorios egipcios ocupados; en contraste, Egipto, cuya acción militar no resultó muy lucida, fué de los contendientes el que salió más airoso, ya que retuvo íntegramente su condición de país a quien corresponderá decir la última palabra en el futuro estatuto del canal. Ese desenlace sorprendente puede, ello no obstante, explicarse de modo cumplido, teniendo en cuenta que Norteamérica, a través de las Naciones Unidas, ejerció la presión necesaria para lograr la retirada de los tres invasores del territorio egipcio. Al propio tiempo que se quería explicar el apoyo a Egipto por parte de la O. N. U., por su calidad de país agredido, otra nación —Rusia— desencadenaba, con entera impunidad, la más condenable de las agresiones en Hungría; el contraste entre

ambas reacciones, registrado en el seno de la O. N. U., corroía el prestigio de la citada organización. El propio Foster Dulles, patrocinador de la política de presión norteamericana, respecto de los invasores, nos da indirectamente la razón, por cuanto, en sus declaraciones del 2 de abril, ya citadas, hacía constar, a propósito de la presa de Asuán, que dispensar protección a un país que juega al propio tiempo con las barajas de occidente y oriente, constituía un notorio error, por cuanto otros países, más o menos afectos a los Estados Unidos, deducirían que es más rentable la práctica de una política internacional, inspirada simbólicamente en el dios mitológico Jano, que el incluirse abiertamente y sin reservas en la órbita de la influencia norteamericana. El Foster Dulles, que hizo pública tal declaración parece estar en oposición, respecto del Foster Dulles que en la crisis otoñal de 1956 prestó a Egipto todo el peso de su asistencia a través de la organización de las Naciones Unidas.

Ese acrobatismo diplomático, a que alude el columnista Sulzberger (*New York Times*), refiriéndolo a Foster Dulles, puede hacerse extensivo a todo el período posbélico, desde 1945 a 1957 (política internacional de apaciguamiento, de contención, de parapeto, de *roll-back* y del riesgo calculado). Representan esas enumeradas reacciones el fruto específico de una política internacional norteamericana, que hasta el presente no se ha ofrecido como norma de acción, sometida a determinados principios de lógica. ¿Por qué esas rectificaciones que generalmente no contribuyen a depurar y a fortalecer la política internacional? Intentemos ofrecer al lector de esta REVISTA una aceptable explicación del reseñado fenómeno.

La enorme responsabilidad que pesa sobre Foster Dulles no dimana tan sólo de la circunstancia evidente que ha implicado la acumulación de un alto grado de poder sobre los Estados Unidos, como potencia columbrante en la esfera del mundo libre; arranca también de otra circunstancia, a cuyo análisis y valoración no se ha dedicado hasta el presente la atención que el fenómeno requiere. Queremos decir que así como en otros países existe una opinión pública, vigilante y activa, que si no moldea la política internacional de un país, por lo menos contribuye acentuadamente a perfilarla, esta característica no se da en los Estados Unidos. A este problema aludía, acaso en términos exageradamente descarnados, el reputado especialista en cuestiones internacionales,

James P. Warburg, en una reciente conferencia, pronunciada ante la «American Academy of Political and Social Sciences» en Filadelfia. Afirmaba Warburg que el pueblo norteamericano ignora demasiado la geografía y la historia y piensa obsesivamente en adquirir un nuevo auto, una nueva casa, trajes flamantes, sin que altere su optimismo otra cosa que la preocupación dimanada del pago de los crecientes impuestos. Ello es, en parte, consecuencia, sobre todo en lo que atañe a la clase media, del sistema educativo de los Estados Unidos, que da excesiva importancia a la técnica y desplaza a lugar secundario los estudios filosóficos, sociales e históricos. Fenómeno que se refleja en una buena parte de la prensa norteamericana, que destaca, por ejemplo, como asuntos cumbres el del banquero Markus o el concerniente al reparto de la correspondencia los sábados.

A este propósito permítasenos una cita de orden personal: en distintas Universidades norteamericanas estamos ofreciendo conferencias sobre problemas de política internacional estadounidense. Como es aquí habitual, al finalizar nuestras disertaciones una parte de los oyentes formula preguntas y ofrece objeciones; del contenido de una y otras hemos deducido que al atendiente norteamericano no le sorprende que un español se aventure a abordar cuestiones de política internacional estadounidense, ni le causa asombro el que frecuentemente nos adentremos en el estudio de lo que constituye trama histórica de la citada política internacional. Lo que sí origina acentuada curiosidad es de un lado, que prestemos tan acentuada atención, por ejemplo, al estudio del *Farewell Address* de Jorge Wáshington, y, de otro, que sostengamos, en cuanto tesis básica, la que sigue: las dudas, rectificaciones, zigzagueos e imprecisiones de la política internacional norteamericana posbélica, sólo pueden explicarse e incluso disculparse, haciéndonos a la idea de que los Estados Unidos, virtualmente desde 1776, han vivido prácticamente al margen de las complicaciones europeas, lo que vale tanto como decir aislados de la política mundial. Con mentalidad propia de un país construido a escala continental, los Estados Unidos se creyeron un mundo en sí mismos y consideraron casi como artículo de lujo el estudio de la política internacional europea, que consideraban distante y en cierto modo ajena a su específico destino. Tal inclinación reactiva, temporalmente bisecular, puede ser eliminada repentinamente, ni alcanzar su exclusión a la inmensa masa del pueblo norteamericano; es

esta tarea que compete, en principio, a una minoría dirigente, esto es, al mundo universitario. No se orienta la enseñanza, en la medida requerida, en el sentido de colmar el actual vacío. Aquí también echó hondas raíces el fetichismo de la técnica y el peligroso unilateralismo de la especialización científica. De ahí que Norteamérica se resienta visiblemente de *déficit* en el estudio de las humanidades. Sin asentir plenamente a las predichas aseveraciones de James P. Warburg, consideramos que la versión del reputado internacionalista norteamericano es portadora de un fondo de verdad.

De todo lo cual pudiera inducirse que el pueblo norteamericano, avezado a considerar que existen fuerzas místico-políticas que encontraron específico eco en el denominado «destino manifiesto», los acontecimientos no pueden ser encauzados por el hombre, sino, que éste es conducido inexorablemente por los azares de la política internacional. Es ésta una interpretación mítica que no se compadece con la inclinación optimista del pueblo norteamericano y sin cuya preexistencia resultaría difícilmente explicable cómo este gran pueblo, portador de auténticas virtudes, pudo llevar a cabo la ingente obra de construir, en contados años, la nación más poderosa de la Tierra.

Por eso no compartimos la rotulación de Schulezberger cuando alude a las acrobacias de Foster Dulles. La verdad es que el actual Secretario de Estado no puede considerarse más que como el eco simbólico y personalizado de un pueblo al cual acaso le falta madurez diplomática, pero que lo reputamos capaz de eliminar su actual anacronismo y empuñar el timón del mundo libre, sabiendo de antemano cuál es su rumbo y cuál su destino.

CAMILO BARCIA TRELLES